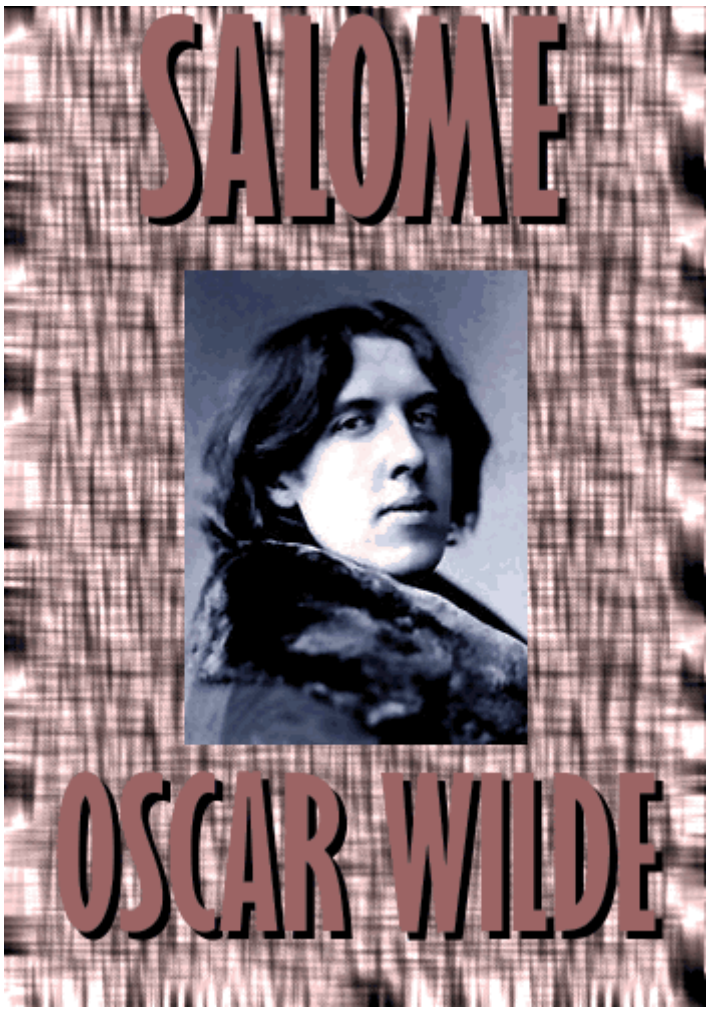
LIBRO dot.com

# Salomé

Oscar Wilde




LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

# Estudio preliminar

La importancia de llamarse Ernesto *y* Salomé *muestran cabalmente la ductilidad, el encanto y la agudeza del teatro de Oscar Wilde (1854–1900), así como de su entera producción literaria. Wilde nació en Dublin en el seno de una familia de la burguesía encumbrada, y murió en París luego qué el escarnio, la reprobación de los "respetables censores", el escándalo público y la cárcel trocaran el pedestal de su gloria mundana y un tanto excéntrica por otro más sólido y duradero, basado en las calidades intrínsecas de una obra que supo extremar las virtudes de! esteticismo pero a la vez hincó el diente crítico en la mojigatería y el moralismo de una sociedad victoriana que entonces convirtió al gran escritor en chivo expiatorio.*

*La obra de Wilde abarca un amplio espectro, que incluye los cuentos de hadas (*El príncipe feliz*), la novela (*El retrato de Dorian Gray*), e! ensayo (*Intenciones*), el testimonio desgarrado (*De profundis*), junto con notables poesías, relatos y piezas teatrales (de las cuales se destacan las dos mencionadas y cuyos avatares puntualiza Jaime Rest en el "Estudio preliminar").*

Fue el mismo Oscar Wilde quien más contribuyó a que resultara imposible discriminar entre el hombre del clavel verde que frecuentaba los círculos artísticos londinenses y el autor que escribió algunos de los poemas, relatos y ensayos más significativos del esteticismo finisecular; por añadidura, consiguió que efectivamente se prestara más atención a su existencia personal que a su labor poética, de conformidad con la observación casi aforística que ha llegado a suplir todo otro conocimiento del escritor y de su obra: “puse sólo el talento en mi producción y el genio exclusivamente en mi vida". En tuna época en que todavía no se había, desarrollado el extravagante culto de la figura siempre iluminada por las candilejas, que los medios de comunicación de masas han promovido en nuestro siglo, el creador de composiciones tales como *El retrato de Dorian Gray* y *La importancia de llamarse Ernesto* logró que su trayectoria íntegra fuese motivo de comentario público o de comidilla privada, desde aquellos comienzos que Gilbert y Sullivan ridiculizaron en el personaje de Bunthorne, en la opereta *Patience* de 1881, hasta esa suerte de apoteosis al revés de publicidad que fue la estrepitosa caída y la condena a prisión. Es como si Wilde no hubiese dejado jamás de ser el actor que se interpretaba a sí mismo en el escenario de la Inglaterra de los *rebeldes noventa*, ese período de rebeldía en traje de noche que agitó las postrimerías de la era victoriana y que causó escalofríos de ingenuo placer y de tímido atrevimiento cuando en los tablados comenzaba a dialogarse sobre mujeres "con pasado" y sobre hombres que recibían a encantadoras y casi candorosas *demimondaines* en sus aposentos del tradicional Albany o de alguna otra residencia urbana elegante; inclusive después de la catástrofe en que lo precipitaron sus gestos espectaculares destinados a suscitar la atención de los espectadores, Wilde todavía en sus últimos y trágicos cinco años de vida hizo un par de ademanes finales

para atraer la mirada de los contemporáneos, con una balada plena de indignación y con una epístola cargada de angustia y de piedad.

Hoy Wilde ha llegado a ocupar justicieramente y en forma definitiva una posición relevante en la literatura de su tiempo como crítico, narrador, poeta y dramaturgo del ciclo decadentista. Pero, en apariencia, para la gente de su tiempo que estaba enterada de esas cosas fue menos un escritor que un individuo algo amanerado, de vestuario prolijo y hasta un tanto exagerado, de conducta un poco excéntrica y de conversación deslumbradora. Sus contemporáneos no se dieron cuenta de que era un artista inteligente, como sin duda lo fue, sino que advirtieron cierto deseo de figuración y de nombradía y un ingenioso don para la plática que supo trasladar impoluto al diálogo de sus comedias. E. F. Benson, un testigo confiable del período, refiere en su autobiografía que hasta 1895, año del desastre, Wilde "había difundido pocas cosas que despertaran seria consideración" en la época: "sus poemas disfrutaron de gran éxito al publicarse por primera vez, pero hacía mucho que habían sido olvidados"; y en cuanto a la restante producción, sólo *El retrato de Dorian Gray* y las piezas reunidas en *El príncipe feliz* se contaban entre los libros suyos que alcanzaron una segunda edición. "En Inglaterra –agrega el mismo comentarista–había una pequeña pero entusiasta pandilla de artistas y de allegados a la literatura que lo juzgaba el genio más notable de la coyuntura, pero fuera del país su obra tanto en verso cuanto en prosa era absolutamente desconocida, e inclusive la critica inglesa solía tratar sus publicaciones con bastante menosprecio." Salvo *El retrato de Dorian Gray*, que engendró feroces denuncias, el resto de la obra no tuvo mayor interés para el público, que permaneció indiferente hasta que el escándalo, como suele ocurrir, precipitó la irónica consecuencia de otorgarle en la Europa continental una espuria notoriedad que, sin embargo, pudo facilitar a corto plazo el reconocimiento absolutamente legítimo de sus indiscutibles valores como sagaz y brillante ensayista, como notable cuentista y dramaturgo y, valga la paradoja, como uno de los autores que en aquel período más se preocupó, a su modo, en elaborar fábulas morales, pese a su taxativo precepto de que "no hay libros morales o inmorales" sino únicamente "bien escritos o mal escritos".

No obstante, hubo un aspecto en la producción literaria de Wilde que atrajo considerablemente la atención pública entre febrero de 1892 y febrero del fatídico 1895, pese a que este interés de los espectadores no siempre fue respaldado por la crítica; se trata del ciclo en que culminó su labor como dramaturgo y en el que se sucedieron rápidamente cuatro comedias de significativo éxito y una pieza en un acto escrita en francés para Sarah Bernhardt, actriz que comenzó a ensayarla su en Londres en 1892, pero vio desbaratado su proyecto cuando la censura teatral británica prohibió la representación porque la obra ponía en escena personajes bíblicos, circunstancia considerada casi blasfema. Por cierto la actividad dramática londinense durante el período victoriano temprano fue bastante opaca, pero desde 1880 comienza un renacimiento estimulado por una sociedad más mundana, bien dispuesta a disfrutar de los espectáculos, y por la creciente gravitación de Ibsen, que facilitó un acercamiento moderadamente realista a los problemas de la vida en la alta clase media. El tratamiento de las anécdotas en los autores de moda –Arthur Wing Pinero y Henry Arthur Jones– se hallaba muy lejos de internarse en audacias o de ensayar posturas radicales, y la mayoría de las composiciones corrosivas que por entonces estaba escribiendo Bernard Shaw debió aguardar hasta el filo de 1900 para su presentación sin restricciones. Sea como fuere, con extremo recato y mucha cautela empezaron a insinuarse situaciones humanas y conflictos sociales que hasta ese momento habían sido excluidos sistemáticamente de los tablados, como era el caso de algunos enfoques sobre aspectos de la conducta o de la posición femeninas que estaban anunciando criterios más flexibles y tolerantes en la evaluación de problemas. Al

respecto, cabe reconocer que los dramas de Wilde no excedían los límites de la discreción y que su meta no era, como la de Shaw, escandalizar a sus contemporáneos para transformar las estructuras sino, más bien, jugar con el equívoco de una aparente rebeldía superficial que por instantes se vuelve peligrosa, pero que no pretende alterar en modo alguno las condiciones imperantes. A pesar de ello, tales piezas solían poseer notable causticidad, principalmente por lo que respecta al estilo punzante de su diálogo, característica que los espectadores advirtieron de inmediato como herencia de la soberbia prosa que la escena inglesa había cultivado a fines del siglo XVII y principalmente durante el siglo XVIII en autores como Wycherley, Congreve y Sheridan. En consecuencia, cabe decir que como autor teatral Wilde no descendía de la comedia social y políticamente comprometida que practicaron Aristófanes y Moliere sino de la comedia costumbrista que se origina en Menandro y que ha tenido una fructífera perduración en Inglaterra hasta Noel Coward.

Si bien Wilde había practicado el drama desde época comparativamente temprana en su carrera –principalmente en *Vera* o *Los nihilistas* (1880) y en *La duquesa de Padua* (1883)–, su triunfo sólo se logró con el estreno de *El abanico de lady Windermere* (1892), una concepción escénica de auténtica eficacia y muy en el espíritu de la época, a la que siguieron *Una mujer sin importancia* (1893), tal vez la más débil de sus principales incursiones teatrales, y *Un marido ideal* (1895); estas piezas suelen considerarse variaciones sobre el tema de los vínculos conyugales que estaba de moda en los teatros londinenses y, en opinión de Richard Aldington, "puede afirmarse que en conjunto las tres composiciones apuntan hacia la moraleja común de que las mujeres 'respetables' valen menos que los dolores de cabeza que habitualmente causan". Por último, se conoció *La importancia de llamarse Ernesto* (1895), que no sólo constituye el ejercicio dramático más eficaz de este grupo sino que por añadidura es el que obtuvo una recepción más calurosa del público; según recuerda E. F. Benson, la obra "deslumbró con sus fuegos de artificio y con su ingenio farsesco, aparte de que se hallaba admirablemente realizada". Junto al nombre de Wilde conviene evocar el de George Alexander, productor de estos espectáculos que supo percibir y aprovechar la destreza verbal y el atractivo que había conseguido desenvolver el dramaturgo.

En cuanto a *Salomé*, el texto en un acto destinado a Sarah Bernhardt, fue compuesto entre 1891 y 1892 según modelos del decadentismo francés, el cual a través de la novela *Al revés*, de J. K.–Huysmans, ya había influido en *El retrato de Darían Gray*; entre los antecedentes se mencionan *Herodías* de Flaubert, varios cuadros del pintor Gustave Moreau y *Las siete princesas* de Maeterlinck. La versión original fue revisada por Stuart Merrill, Adolphe Retté y Pierre Louys, en tanto que la adaptación inglesa, que se halla muy por debajo de la pieza traducida, pertenece al nefasto lord Alfred Douglas, causante de la tragedia personal de Wilde. Es una evocación literaria de la muerte de Juan el Bautista que revela una atmósfera de lirismo mórbido indudablemente lograda; la composición contribuyó no poco a rehabilitar a Oscar Wilde después de su muerte, cuando Richard Strauss en colaboración con el libretista Hedwig Lachmann la convirtió en una ópera que, prohibida en Viena, fue estrenada en Dresde en 1905 y ha sido considerada una de las obras maestras de este género musical en la Alemania del período siguiente a la producción wagneriana.

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde nació el 16 de octubre de 1854 en el seno de una distinguida familia protestante que vivía en Dublín, capital de Irlanda; su padre era un famoso oftalmólogo y su madre alcanzó considerable prestigio como escritora con el seudónimo de

Speranza. La educación inicial, que tuvo lugar en la ciudad de la que era oriundo, culminó en el Trinity College, tras .lo cual pasó en 1874 a Inglaterra, donde se matriculó en la Universidad de Oxford. La formación de Wilde fue excelente y sobresalió por un sólido conocimiento de lenguas clásicas. Una vez graduado ingresó en el mundo literario londinense, en el que halló propicia recepción en virtud de sus cualidades sociables, su encanto y el extraordinario brillo de su conversación. Comenzó escribiendo poesía y ensayo y haciéndose ver en los principales acontecimientos artísticos de la vida ciudadana, en cuyos círculos pronto adquirió reputación de hombre refinado y de *dandy*. Por mucho tiempo inclusive adquirió más renombre como obligada presencia en las noches de estreno y en las su reuniones elegantes que como escritor, y con frecuencia sirvió de modelo para personajes de ficción, desde Patience de Gilbert y Sullivan, que se conoció en abril de 1881, hasta la final aparición en el relato satírico que Robert Hitchens publicó en septiembre de 1894 acerca de las relaciones con Alfred Douglas, en el que se lo identifica como "el hombre del clavel verde". Sus primeras poesías mostraban la influencia de Dante Gabriel Rossetti y de Algernon Charles Swinburne, los antecedentes más significativos del verso esteticista, así como Walter Pater –profesor, amigo y consejero de Wilde en Oxford– lo era de la prosa enrolada en el mismo movimiento; el éxito de estas composiciones fue rápido y decisivo, al punto de que en poco tiempo se sucedieron cinco ediciones. A principios de 1882 viajó a New York, en el comienzo de una excursión americana para dictar conferencias que se prolongó por un año y que se inauguró en la aduana con uno de sus inconfundibles aforismos: "Nada tengo para declarar salvo mi genialidad".

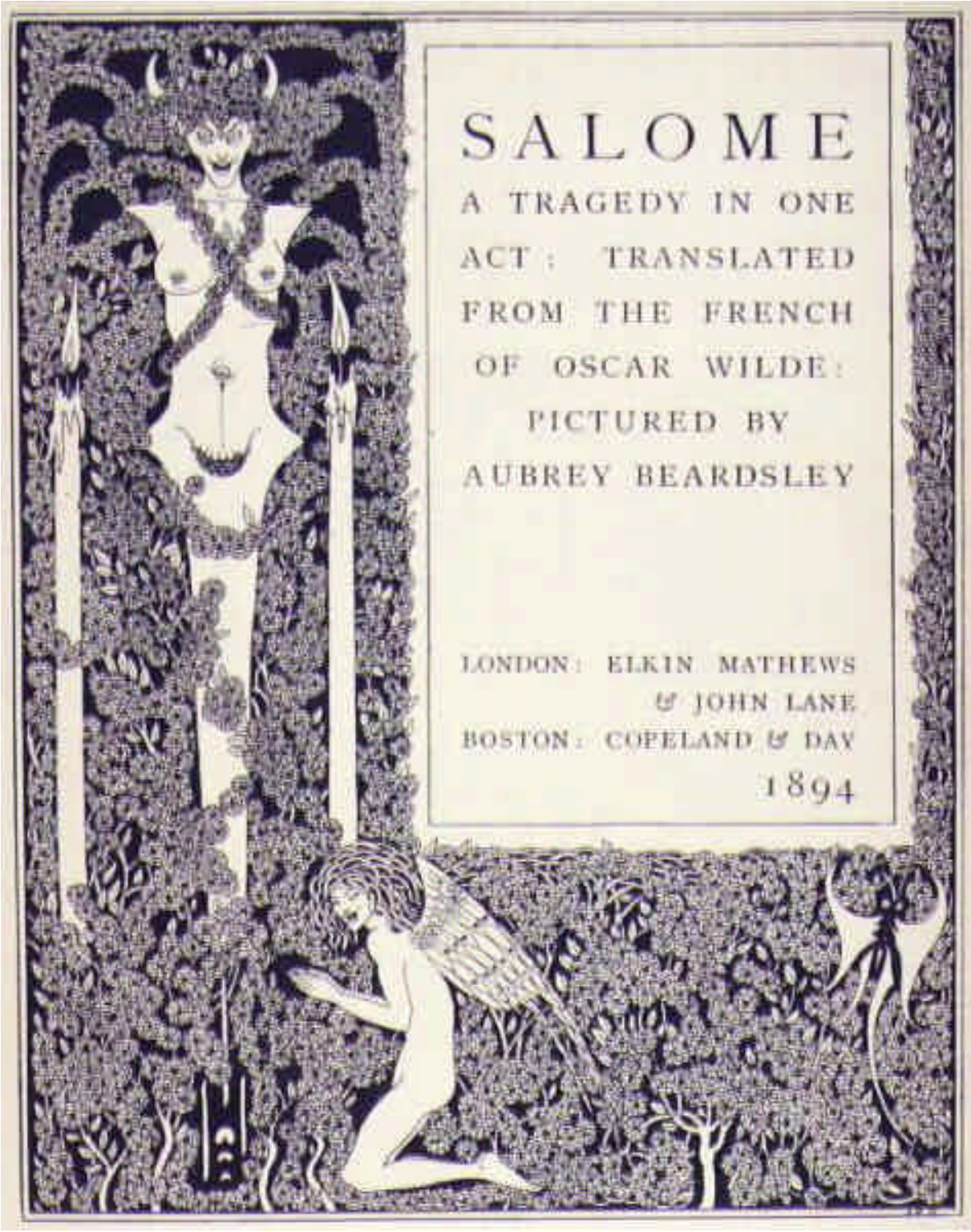
De regreso en Europa, visitó París en 1883, donde conoció a las principales figuras del mundo literario contemporáneo; ese mismo año se estrenó en New York su drama *Vera*, motivo que lo indujo a cruzar nuevamente el Atlántico. En 1884 se casó con Constance Lloyd, con la que tuvo dos hijos. En 1888 publicó los admirables cuentos de hadas congregados en *El príncipe feliz* y en 1891 la aparición de su única novela, *El retrato de Dorian Gray*, causó bastante malestar crítico a causa del tono mórbido y la actitud disipada del protagonista de esta historia fantástica, inspirada en el caballero des Esseintes que imaginó Huysmans en *Al revés*.

Ese mismo año fue presentada también en New York *La duquesa de Padua*, y a partir de entonces Wilde ingresa en su período de mayor fecundidad, en el que compone y estrena sus principales comedias y publica en el curso de un solo año *Intenciones*, volumen de ensayos, y *El crimen de lord Arthur Savile* y *La casa de las granadas*, sendos tomos de narrativa. El año 1891 incluyó, además, el primer encuentro con lord Alfred Douglas, hijo del octavo Marqués de Queensberry. En 1894 la traducción inglesa de *Salomé*, que realizó lord Alfred, admirablemente ilustrada por el joven dibujante Aubrey Beardsley, es difundida en Londres. La culminación de la carrera ascendente se produce a comienzos de 1895, al estrenarse *La Importancia de llamarse Ernesto*, "una comedia trivial para gente seria". Al cabo de pocos meses se desencadena la tragedia: Wilde se enfrenta con el Marqués de Queensberry y comete algunos errores de procedimiento al sobrevalorar las consideraciones estéticas en un problema en el que exclusivamente interesan los aspectos morales. El descrédito personal, la muerte social y la condena a dos años de prisión interrumpen definitivamente el itinerario triunfal del escritor. En la cárcel redacta una extensa y áspera epístola a lord Alfred que es considerada uno de los testimonios artísticos y privados más significativos de Wilde y que fue publicada con diversas omisiones a partir de 1905, con el titulo de *De profundis*, y cuyo texto integral no se conoció hasta 1962. Al término de su condena se trasladó a Francia e Italia y en 1898 dio a conocer su famosa *Balada de la cárcel de Reading*. Murió en París el 30 de noviembre de 1900; no pudo reprimir empero un juego de palabras final: "Me estoy muriendo por encima de

mis recursos". Antes del fatal desenlace fue admitido en el seno de la Iglesia Católica. Las circunstancias de su caída –hoy día se piensa que sirvió de chivo emisario a la mojigatería victoriana–determinó el absoluto ostracismo de su nombre en Inglaterra y *La importancia de llamarse Ernesto* sólo pudo seguir en cartel como obra de autor anónimo. Sin embargo, poco tiempo se requirió para que se restituyera el prestigio, esta vez en forma definitiva: Max Reinhardt, el director teatral, produjo *Salomé* en Berlín durante la temporada de 1903 y en breve plazo la obra de Wilde, así como su vida, multitud de memorias y anécdotas, y un considerable caudal de documentos sobre su persona empezaron a difundirse con creciente entusiasmo.

Esta última circunstancia ha creado en torno de Wilde una verdadera leyenda que hace muy poco confiables las biografías y aun los estudios que se han escrito acerca de él. Al castellano fue traducida la *Vida y confesiones de Oscar Wilde*, de Frank Harris, que incluye además un epílogo de Bernard Shaw (Buenos Aires, Emecé, 1944; 2 volúmenes), así como también las biografías de Robert Merle y de Hesketh Pearson. En inglés, puede considerarse que el *Oscar Wilde* de Edouard Roditi (1947) sigue siendo el mejor estudio crítico de conjunto. Vyvyan Holland, el hijo del escritor que cambió legalmente de apellido a causa del escándalo, es autor de una significativa exposición en su libro *Son of Oscar Wilde*, aparecido en 1954. Los principales comentarios sobre la obra fueron reunidos por K. Beckson, en *Oscar Wilde: The critical heritage* (1970). Sobre la época deben mencionarse dos textos muy reveladores: *The eighteen-nineties*, de Holbrook Jackson (1923), y *As we were*, de E. F. Benson (1930).

***Jaime Rest***




**Portada interior de la edición original de 1894**

*A mi amigo, Lord Alfred Bruce Douglas, el traductor de esta pieza*

**Personajes**

HERODES ANTlPAS, tetrarca de Judea

JUAN, el profeta

EL JOVEN SIRIO, capitán de la guardia

TIGELINO, un joven romano

UN CAPADOCIO

UN NUBlO

PRIMER SOLDADO

SEGUNDO SOLDADO

EL PAJE DE HERODÍAS

JUDÍOS, NAZARENOS, etcétera

UN ESCALVO

NAAMAN el verdugo

HERODíAS, esposa del tetrarca

SALOMÉ, hija de Herodías

LAS ESCLAVAS DE SALOMÉ

ESCENA: *Una gran terraza del palacio de Herodes, sobre el salón de fiestas. Algunos soldados están apoyados sobre el antepecho. A la derecha hay una escalera gigantesca; a la izquierda, en la parte posterior, una antigua cisterna recubierta de bronce verde. Luz de la Luna.*

EL JOVEN SIRIO. –¡Qué hermosa luce esta noche la princesa Salomé!

EL PAJE DE HERODÍAS. –¡Mira Ia Luna! ¡Qué extraña se ve! Es como una mujer que sale de la tumba. Es como una mujer muerta. Se diría que está buscando cosas muertas.

EL JOVEN SIRIO. –Tiene un aspecto extraño. Es como una pequeña princesa que luce un velo amarillo y cuyos pies son de plata. Es como una princesa que tiene pequeñas palomas por pies. Se diría que está danzando.

EL PAJE DE HERODÍAS. –Es como una mujer que está muerta. Se mueve muy lentamente.



**La mujer en la Luna (The woman in the Moon)**

*Ruido en el salón de fiestas.*

PRIMER SOLDADO. –¡Qué alboroto! ¿Quiénes son esas bestias salvajes que aúllan?

SEGUNDO SOLDADO. –Los judíos, como siempre. Están discutiendo su religión.

PRIMER SOLDADO. –¿Por qué discuten su religión?

SEGUNDO SOLDADO. –No lo sé. Pero están siempre discutiendo lo mismo. Los fariseos, por ejemplo, dicen que hay ángeles, y los saduceos afirman que los ángeles no existen.

PRIMER SOLDADO. –Me parece ridículo discutir esas cosas.

EL JOVEN SIRIO. –¡Qué hermosa luce esta noche la princesa Salomé!



**La cola de pavo real (The peacock skirt)**

EL PAJE DE HERODÍAS. –Tú estás siempre mirándola. La miras demasiado. Es peligroso mirar a la gente de esa manera. Puede ocurrir algo terrible.

EL JOVEN SIRIO. –Está muy bella esta noche.

PRIMER SOLDADO. –El tetrarca tiene un aire sombrío.

EL SEGUNDO SOLDADO. –Si, tiene un aire sombrío.

PRIMER SOLDADO. –Esta mirando algo.

SEGUNDO SOLDADO. –Está mirando a alguien.

PRIMER SOLDADO. –¿A quIen esta mirando?

SEGUNDO SOLDADO. –No lo sé.

EL JOVEN SIRIO. –¡Qué pálida está la princesa! Nunca la he visto tan pálida. Es como la sombra de una rosa blanca en un espejo de plata.

EL PAJE DE HERODÍAS. –No debes mirarla. La miras demasiado.

PRIMER SOLDADO. –Herodías ha llenado la copa del tetrarca.

EL CAPADOCIO. –.¿Es esa la reina Herodías, la que luce una mitra negra adornada con perlas, la de pelo empolvado de azul?



**El capote negro (The black cape)**

PRIMER SOLDADO. –Sí, esa es Herodías, la esposa del tetrarca.

SEGUNDO SOLDADO. –Al tetrarca le gusta mucho el vino. Tiene vino de tres clases. Uno que traen de la isla de Samotracia y es púrpura como la capa de César.

EL CAPADOCIO. –Nunca he visto a César.

SEGUNDO SOLDADO. –Otro que viene de un pueblo que se llama Chipre, y es amarillo como el oro.

EL CAPADOCIO. –Me encanta el oro.

SEGUNDO SOLDADO. –Y el tercero es un vino de Sicilia. Ese vino es rojo como la sangre.

EL NUBlO. –Los dioses de mi patria son muy afectos a la sangre. Dos veces por año les sacrificamos jóvenes hombres y doncellas; cincuenta hombres jóvenes y cien doncellas. Pero parece ser que nunca les damos suficiente, porque son muy duros con nosotros.

EL CAPADOCIO. –En mi patria no quedan dioses. Los romanos los han ahuyentado. Algunos dicen que se han ocultado en las montañas, pero no lo creo. Por tres noches estuve en las montañas buscándolos por todas partes. No los encontré. Al fin los llamé por el nombre, pero no vinieron. Creo que están muertos.

PRIMER SOLDADO. –Los judíos veneran a un Dios al que no se puede ver.

EL CAPADOCIO. –Eso no lo entiendo.

PRIMER SOLDADO. –En realidad, sólo creen en cosas que no se pueden ver.

EL CAPADOCIO. –Eso me parece absolutamente ridículo.

LA VOZ DE JUAN. –Después de mí vendrá otro más poderoso que yo. Ni siquiera soy digno de desatarle la correa de su calzado. Cuando él venga, los lugares solitarios se alborozarán. Florecerán como el lirio. Los ojos del ciego verán la luz, y los oídos del sordo se abrirán. El niño recién nacido pondrá la mano en la guarida del dragón, conducirá a los leones por la melena.

SEGUNDO SOLDADO. –Háganlo callar. Siempre está diciendo cosas ridículas.

PRIMER SOLDADO. –No, no. Es un hombre santo. Es muy gentil, además. Todos los días, cuando le doy de comer, me lo agradece.

EL CAPADOCIO. –¿Quién es?

PRIMER SOLDADO. –Un profeta.

EL CAPADOCIO.–¿Cómo se llama?

PRIMER SOLDADO. –Juan.

EL CAPADOCIO. –¿De dónde es?

PRIMER SOLDADO. –Viene del desierto, donde se alimentaba de langostas y miel silvestre, se vestía con piel de camello y se ceñía la cintura con un cinto de cuero. Tenía un aspecto formidable. Solía seguirlo una gran multitud. Hasta tenía discípulos.

EL CAPADOCIO. –¿De qué está hablando?

PRIMER SOLDADO. –Nunca lo entendemos. A veces dice cosas terribles; pero es imposible entender lo que dice.

EL CAPADOCIO. –¿Se lo puede ver?

PRIMER SOLDADO. –El tetrarca lo ha prohibido.

EL JOVEN SIRIO. –¡La princesa ha ocultado su rostro detrás del abanico! Sus manitas blancas se agitan como palomas que vuelan hacia el nido. Son como mariposas blancas. Son iguales a mariposas blancas.

EL PAJE DE HERODÍAS. –¿A ti qué te importa? ¿Por qué la miras? No debes mirarla... Puede ocurrir algo terrible.

EL CAPADOCIO (*señalando la cisterna*). –¡Qué extraña prisión.

SEGUNDO SOLDADO. –Es una antigua cisterna.

EL CAPADOCIO. –¡Una antigua cisterna! Debe ser muy insalubre.

SEGUNDO SOLDADO. –¡Oh, no! Por ejemplo, el hermano del tetrarca, su hermano mayor, el primer esposo de la reina Herodías, estuvo encarcelado allí por doce años. Pero eso no lo mató. Al término de los doce años debió ser estrangulado.

EL CAPADOCIO. –¿Estrangulado? ¿Quién se atrevió a hacerlo?

SEGUNDO SOLDADO (*señalando al Verdugo, un gran negro*) .–Aquel hombre, Naaman.

EL CAPADOCIO. –¿No le dio miedo?

SEGUNDO SOLDADO. –¡Oh, no! El tetrarca le envió el anillo.

EL CAPADOCIO. –¿Qué anillo?

SEGUNDO SOLDADO. –El anillo de la muerte. Así que no tuvo miedo.

EL CAPADOCIO. –Sin embargo, es cosa terrible estrangular a un rey.

PRIMER SOLDADO. –¿Por qué? Los reyes sólo tienen un cuello, como toda la gente.

EL CAPADOCIO.–Me parece terrible.

EL JOVEN SIRIO. –¡La princesa se pone de pie! ¡Se retira de la mesa! Parece muy preocupada. Ah, viene hacia acá. Sí, se acerca a nosotros. ¡Cuán pálida está! Nunca la he visto tan pálida.

EL PAJE DE HERODÍAS.–No la mires. Te ruego que no la mires.

EL JOVEN SIRIO. –Es como una paloma que se ha desorientado... Es como un narciso que tiembla al viento... Es como una flor de plata.

*Entra Salomé.*

SALOMÉ. –No quiero quedarme. No puedo quedarme. ¿Por qué el tetrarca me mira todo el tiempo con sus ojos de topo bajo sus párpados temblorosos? Es extraño que el esposo de mi madre me mire de esa manera. No sé qué significa eso. En verdad, sí lo sé.

EL JOVEN SIRIO. –¿Acabáis de retiraros de la fiesta, princesa?

SALOMÉ. –,¡Qué dulce es aquí el aire! ¡Acá puedo respirar! Allá dentro hay judíos de Jerusalén que se están despedazando unos a otros por sus tontas ceremonias, y bárbaros que beben y beben y derraman el vino sobre el piso, y griegos de Esmirna de ojos y mejillas pintados, y de pelo crespo que forma rizos, y egipcios silenciosos y arteros con grandes tachones de jade y capas de paño basto, y romanos brutales y groseros con su jerga vulgar. ¡Ah, cómo aborrezco a los romanos! Son toscos y vulgares y se dan aires de nobleza.

EL JOVEN SIRIO. –¿Queréis sentaros, princesa?

EL PAJE DE HERODIAS. –¿Por qué le hablas? ¿Por que de qué la miras? Oh, ocurrirá algo terrible.

SALOMÉ. –Qué bueno es ver la Luna. Es como una monedita; se diría que es una flor de plata. La Luna es fría y casta. Estoy segura de que es virgen, porque posee una belleza virginal. Sí, es virgen. Nunca se ha corrompido. Nunca se ha abandonado a los hombres, como otras diosas.

LA VOZ DE JUAN. –El Señor ha llegado. El Hijo del Hombre ha llegado. Los centauros se han escondido en los ríos y las sirenas han salido de los ríos y están tendidas bajo las hojas del bosque.

SALOMÉ. –¿Quién fue el que gritó?

SEGUNDO SOLDADO. –El profeta, princesa.

SALOMÉ. –¡Ah, el profeta! ¿Aquel a quien el tetrarca teme?

SEGUNDO SOLDADO. –Nada sabemos de eso, princesa. Fue el profeta Juan el que gritó.

EL JOVEN SIRIO. –¿Os place que ordene que os traigan la litera, princesa? La noche es bella en el jardín.

SALOMÉ. –Él dice cosas terribles de mi madre, ¿verdad?

SEGUNDO SOLDADO. –Nunca entendemos lo que dice, princesa.

SALOMÉ. –Sí; dice cosas terribles de ella.

*Entra un Esclavo.*

EL ESCLAVO. –Princesa, el tetrarca os ruega que regreséis a la fiesta.

SALOMÉ. –No volveré.

EL JOVEN SIRIO. –Perdonadme, princesa, pero si no volvéis, puede ocurrir algún infortunio.

SALOMÉ. –¿Es un hombre viejo ese profeta?

EL JOVEN SIRIO. –Princesa, convendría regresar. Permitidme que os conduzca.

SALOMÉ.–Ese profeta... ¿es un hombre viejo?

PRIMER SOLDADO. –No, princesa, es un hombre muy joven.

SEGUNDO SOLDADO. –No se puede estar seguro. Están aquellos que dicen que él es Elías.

SALOMÉ. –¿Quién es Ellas?

SEGUNDO SOLDADO. –Un profeta muy anciano de este de país, princesa.

EL ESCLAVO. –¿Qué respuesta de la princesa puedo darle al tetrarca?

LA VOZ DE JUAN.–No te regocijes, tierra de Palestina, porque se ha quebrado la vara de aquel que te golpeó. Porque de la progenie de la serpiente surgirá un basilisco, y lo que nazca de éste devorará a los pájaros.

SALOMÉ. –¡Qué extraña voz! Me gustaría hablar con él.

PRIMER SOLDADO. –Me temo que sea imposible, princesa. El tetrarca no desea que nadie hable con él. Se lo ha prohibido aun al gran sacerdote.

SALOMÉ. –Deseo hablar con él.

PRIMER SOLDADO. –Es imposible, princesa.

SALOMÉ. –Hablaré con él.

EL JOVEN SIRIO. –¿No sería mejor regresar al banquete?

SALOMÉ. –Traigan a ese profeta.

*Sale el Esclavo.*

El PRIMER SOLDADO. –No nos atrevemos, princesa.

SALOMÉ (*acercándose a la cisterna e inclinándose para se mirar dentro*). –¡Qué obscuro está allí abajo! ¡Debe ser terrible estar en un pozo negro! Es como una tumba... (*A los Soldados:*) ¿No me habéis oído? Traed al profeta. Deseo verlo.

SEGUNDO SOLDADO. –Princesa, os ruego que no nos pidáis eso.

SALOMÉ. –¡Me hacéis esperar!

EL PRIMER SOLDADO. –Princesa, nuestras vidas os pertenecen, pero no podemos hacer lo que nos habéis pedido. En realidad, no es a nosotros a quien deberíais pedir eso.

SALOMÉ (*mirando al Joven Sirio*).–Haréis eso por mí, ¿verdad, Narraboth? Haréis eso por mí. Siempre he sido buena con vos. Lo haréis por mí. Sólo deseo mirar a ese extraño profeta. Los hombres han hablado tanto de él. A menudo he oído al tetrarca hablar de él. Creo que el tetrarca le teme. ¿Es que vos, también vos, le teméis, Narraboth?

EL JOVEN SIRIO. –No le temo, princesa; no temo a ningún hombre. Pero el tetrarca ha prohibido formalmente que hombre alguno levante la cubierta de ese pozo.

SALOMÉ. –Haréis eso por mí, Narraboth, y mañana cuando pase en mí litera bajo el portal de los vendedores de ídolos, dejaré caer una pequeña flor para vos, una pequeña flor verde.

EL JOVEN SIRIO. –Princesa, no puedo, no puedo.

SALOMÉ (*sonriendo*).–Haréis eso por mí, Narraboth. Sabéis que lo haréis por mí. y mañana, cuando pase en mi litera junto al puente de los compradores de ídolos, os miraré a través de los velos de muselina, os miraré, Narraboth, y puede ser que os sonría. Miradme, Narraboth, miradme. ¡Ah! Sabéis que haréis lo que os pido. Lo sabéis bien... Sé que lo haréis.

EL JOVEN SIRIO (*haciéndole una señal al Tercer Soldado*) .–Deja que el profeta salga... La princesa Salomé desea verlo.

SALOMÉ. –¡Ah!

EL PAJE DE HERODÍAS. –¡Oh, qué extraña se ve la Luna! Se diría que es la mano de una mujer muerta que está tratando de cubrirse con su sudario.

EL JOVEN SIRIO. –¡Tiene un aire extraño! Es como una pequeña princesa, cuyos ojos son de ámbar. A través de las nubes de muselina está sonriendo como una pequeña princesa

*El profeta sale de la cisterna. Salomé lo mira,. retrocede lentamente.*

JUAN. –¿Dónde está aquel cuya copa de abominaciones ya se ha llenado? ¿Dónde está aquel que, con manto de plata, morirá un día frente a toda la gente? Hacedlo venir, para que escuche la voz de quien ha gritado en los lugares yermos y en la casa de los reyes.

SALOMÉ. –¿De quién está hablando?

EL JOVEN SIRIO. –Nunca se puede entender, princesa.

JUAN. –¿Dónde está aquella que habiendo visto las imágenes de hombres pintadas en paredes, las imágenes de los caldeos dibujadas en colores, cedió a la codicia de sus ojos y envió embajadores a Caldea?

SALOMÉ. –Es de mi madre de quien habla.

EL JOVEN SIRIO. –Oh, no, princesa.

SALOMÉ. –Sí, es de mi madre de quien habla.

JUAN. –¿Dónde está aquella que se entregó a los capitanes de Asiria, que lucen tahalíes en la cintura y coronas de .distintos colores en la cabeza? ¿Dónde está aquella que se entregó a los jóvenes de Egipto, que visten fino lienzo y púrpura, cuyos escudos son de oro, cuyos cascos son de plata, cuyos cuerpos son poderosos? Ordenadle que se levante de la cama de sus

abominaciones, de la cama de su incestuosidad, para que oiga las palabras de aquel que prepara el camino del Señor, para que se arrepienta de sus iniquidades. Aunque nunca se arrepentirá, sino que se aferrará a sus abominaciones; ordenadle que venga, porque el Señor ya empuña el aventador.

SALOMÉ. –¡Es terrible, es terrible!

EL JOVEN SIRIO. –No os quedéis aquí, princesa, os lo ruego.

SALOMÉ. –Debo mirarlo más de cerca.

EL JOVEN SIRIO. –¡Princesa! ¡Princesa!

JUAN. –¿Quién es esta mujer que me está mirando? No quiero que me mire. ¿Por qué me mira con sus ojos dorados bajo sus párpados brillantes? No sé quién es ella. No deseo saber quién es. Decidle que se marche. No es a ella a quien deseo hablar.

SALOMÉ. –Soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

JUAN. –¡Atrás! ¡Hija de Babilonia! No te acerques al elegido del Señor. Tu madre ha llenado la Tierra con el vino de sus iniquidades, y el grito de sus pecados se ha elevado hasta los oídos de Dios.

SALOMÉ. –Sigue hablando, Juan. Tu voz es como vino para mí.

EL JOVEN SIRIO. –¡Princesa! ¡Princesa! ¡Princesa!

SALOMÉ. –¡Habla! ¡Habla, Juan, y dime qué debo hacer!

JUAN. –¡Hija de Sodoma, no te acerques a mí! Cúbrete el rostro con un velo, arroja ceniza sobre tu pelo, ve al desierto y busca al Hijo del Hombre.

SALOMÉ. —¿Quién es él, el Hijo del Hombre? ¿Es él tan se hermoso como tú, Juan?

JUAN.–¡Sal de mi vista! Oigo en el palacio el aleteo del ángel de la muerte.

EL JOVEN SIRIO. –Princesa, os ruego que volváis a la fiesta.

JUAN. –Ángel del señor Dios, ¿qué haces aquí con tu espada? ¿A quién buscas en este lugar impuro? El día de aquel que morirá en un manto de plata aún no ha llegado.

SALOMÉ.–¡Juan!

JUAN. –¿Quién habla?

SALOMÉ. –Juan, ¡estoy enamorada de tu cuerpo! Tu cuerpo es blanco como los lirios de un campo que el segador nunca ha segado. Tu cuerpo es blanco como la nieve que se deposita sobre las montañas, como la nieve que se deposita sobre las montañas de Judea y que cae en los valles. Las rosas del jardín de la reina de Arabia no son tan blancas como tu cuerpo. Ni las rosas del jardín de la reina de Arabia, ni los pies del amanecer cuando se apoyan en las hojas, ni el pecho de la Luna cuando yace sobre el pecho del mar... Nada hay en el mundo tan blanco como tu cuerpo. Déjame tocar tu cuerpo.

JUAN. –¡Atrás! ¡Hija de Babilonia! Por la mujer llegó el mal al mundo. No me hables. No quiero escucharte. Sólo escucho la voz del señor Dios.

SALOMÉ. –Tu cuerpo es horrible. Es como el cuerpo de un leproso. Es como una pared enlucida por la que se han arrastrado las víboras; como una pared enlucida donde han hecho su nido los escorpiones. Es como un sepulcro blanqueado lleno de cosas abominables. Es horrible, tu cuerpo es horrible. Es de tu pelo que estoy enamorada, Juan. Tu pelo parece racimos de uva, como los racimos de uva negra que penden de las vides de Edom en la tierra de los edomitas. Tu pelo es como los cedros del Líbano, como los grandes cedros del Líbano que dan su sombra a leones y a los ladrones que suelen ocultarse durante el día. Las largas noches negras, cuando la Luna oculta el rostro y las estrellas tienen miedo, no son tan negras. El silencio que mora en el bosque no es tan negro. Nada hay en el mundo tan negro como tu pelo... Déjame tocar tu pelo.

JUAN. –¡Atrás, hija de Sodoma! No me toques. No profanes el templo del señor Dios.

SALOMÉ. –Tu pelo es horrible. Está cubierto de lodo y de polvo. Es como una corona de espinas que han colocado sobre tu frente, es como un nudo de serpientes negras que , se retuercen alrededor de tu cuello. No amo tu pelo... Es tu boca lo que deseo, Juan. Tu boca es como una banda de escarlata sobre una torre de marfil. Es como una granada cortada con un cuchillo de marfil. Las flores del granado que florecen en el huerto de Tiro, y que son más rojas que las rosas, no son tan rojas. Los toques rojos de las trompetas, que anuncian la llegada de los reyes y atemorizan al enemigo, no son tan rojos. Tu boca es más roja que los pies de aquellos que pisan el vino en el lagar. Tu boca es más roja que las patas de las palomas que rondan los templos y son alimentadas por los sacerdotes. Es más roja que los pies de aquel que viene de un bosque donde ha matado a un león y ha visto tigres dorados. Tu boca es como una rama de coral que los pescadores han encontrado en la semipenumbra del mar, el coral que destinan a los reyes. ..Es como el bermellón que los moabitas hallan en las minas de Moab, el bermellón que toman los reyes para sí. Es como el arco del rey de los persas, que está pintado con bermellón y guarnecido con coral. Nada hay en el mundo tan rojo como tu boca... Déjame besar tu boca.

JUAN. –¡Nunca, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodoma! Nunca.

SALOMÉ. –Besaré tu boca, Juan. Besaré tu boca.

EL JOVEN SIRIO. –¡Princesa, princesa, tú que eres como un jardín de mirra, tú que eres la paloma de todas las pan lomas, no mires a este hombre, no lo mires! No le digas esas palabras. No puedo soportarlas. ¡Princesa, princesa, no digas esas cosas!

SALOMÉ. –Besaré tu boca, Juan.

EL JOVEN SIRIO. –¡Ah!

Se mata y cae entre Salomé y Juan.

EL PAJE DE HERODÍAS. –¡El joven sirio se ha matado! ¡El joven capitán se ha matado! ¡Se ha matado aquel que era mi amigo! ¡Le di una pequeña caja de perfumes y aretes de plata, y ahora se ha matado! Oh, ¿acaso no previó que ocurriría algún infortunio? También yo lo preví, y ha ocurrido. Bien, sabía que la Luna estaba buscando algo muerto, pero no que era a

él a quien buscaba. ¡Oh! ¿Por qué no lo oculté a la Luna? Si lo hubiese escondido en una caverna, ella no lo hubiese visto.

PRIMER SOLDADO. –Princesa, el joven capitán acaba de matarse.

SALOMÉ. –Déjame besar tu boca, Juan.

JUAN. –¿No temes tú, hija de Herodías? ¿No te dije que había oído en el palacio el aleteo del ángel de la muerte, y no ha venido el ángel de la muerte?

SALOMÉ. –Déjame besar tu boca.

JUAN. –Hija del adulterio, sólo hay uno que puede salvarte, y es Aquel de quien te hablé. Ve a buscarlo. Está en una nave en el mar de Galilea, y conversa con sus discípulos. Arrodíllate a la orilla del mar y llámalo por su nombre. Cuando Él venga a ti, porque Él va a todos los que lo llaman, inclínate a sus pies y pídele la remisión de tus pecados.

SALOMÉ. –Déjame besar tu boca.

JU.AN. –¡Maldita seas! ¡Hija de una madre incestuosa, maldita seas!

SALOMÉ. –Besaré tu boca, Juan.

JUAN.–,No deseo mirarte. No te miraré, estás maldita, Salome, estás maldita.

Desciende a la cisterna.

SALOMÉ. –Besaré tu boca, Juan. Besaré tu boca.

PRIMER SOLDADO. –Debemos llevar el cuerpo a otro lado. Al tetrarca no ]e gusta ver cuerpos muertos, salvo el cuerpo de aquellos a los que ha matado él mismo.

EL PAJE DE HERODÍAS.–Él era mi hermano, mas que un hermano. Le di una pequeña caja de perfumes y un anillo de ágata que siempre lucía en la mano. Por las tardes solíamos caminar junto al río, entre los almendros, y él me contaba las cosas de su patria. Hablaba siempre en voz muy baja. El sonido de su voz era como el de una flauta, el de un flautista. También le gustaba mucho observarse en el río. Yo siempre se lo reprochaba.



**Un lamento platónico (A platonic lament)**

SEGUNDO SOLDADO. –Tienes razón; debemos ocultar el cuerpo. El tetrarca no debe verlo.

PRIMER SOLDADO. ~ El tetrarca no vendrá acá. Nunca viene a la terraza. Le tiene mucho miedo al profeta.

Entran Herodes, Herodías toda la corte.



**Entra Herodías (Enter Herodías)**

HERODES: –¿Dónde está Salomé? ¿Dónde está la princesa? ¿Por qué no regresó al banquete como se lo ordené? ¡Ah, allí está!

HERODÍAS. –No debes mirarla! ¡Siempre la estás mirando!

HERODES. –La Luna tiene un aspecto extraño esta noche. ¿No tiene un aspecto extraño? Es como una mujer loca, una mujer loca que está buscando amantes por todas partes. Está desnuda, además. Absolutamente desnuda. Las nubes están tratando de cubrir su desnudez, pero ella no lo permite. Se muestra desnuda en el cielo. Vacila a través de las nubes como una

mujer ebria... Estoy seguro de que está buscando amantes. ¿No vacila como una mujer ebria? Es como una mujer loca, ¿verdad?

HERODÍAS. –No; la Luna es como la Luna, eso es todo. Volvamos al salón... No tienes nada que hacer aquí.

HERODES. –¡Me quedaré aquí! Manassé, pon alfombras allí. Enciende antorchas, trae las mesas de marfil y las mesas de jaspe. Aquí el aire es delicioso. Beberé más vino con mis huéspedes. Debemos presentar todos los honores a los embajadores del César.

HERODÍAS. –No es por ellos que te quedas.

HERODES. –Sí; el aire es delicioso. Ven, Herodías, nuestros huéspedes nos aguardan. ¡Oh, mi pie ha resbalado! ¡Ha resbalado sobre sangre! Es un mal augurio. Es un augurio muy malo. ¿Por qué hay sangre aquí...? Y este cuerpo, ¿qué hace este cuerpo aquí? ¿Creéis que soy como el rey de Egipto, que no festeja a sus huéspedes sino les muestra un cadáver? ¿De quién es este cuerpo? No quiero mirarlo.

PRIMER SOLDADO. –Es nuestro capitán, señor. Es el joven sirio a quien hicisteis capitán hace sólo tres días.

HERODES. –No di orden de que se lo matara.

SEGUNDO SOLDADO. –Él se mató, señor.

HERODES. –¿Por qué razón? Lo había nombrado capitán.

SEGUNDO SOLDADO.–No lo sabemos, señor. Pero se mató.

HERODES. –Eso me parece extraño. Creía que eran sólo los filósofos romanos quienes se suicidaban. ¿No es verdad, Tigelino, que los filósofos de Roma se suicidan?

TIGELINO. –Hay algunos que se matan, señor. Son los estoicos. Los estoicos son gente grosera. Son gente ridícula. Yo los considero perfectamente ridículos.

HERODES. –También yo. Es ridículo matarse.

TIGELINO. –En Roma todos se ríen de ellos. El emperador ha escrito una sátira contra ellos. Se la recita en todas partes.

HERODES. –¡Oh! ¿Ha escrito una sátira contra ellos? César es maravilloso. Puede hacer todo la que se le ocurre..: Es extraño que el joven sirio se haya matado. Lamento que se haya matado. Lo lamento mucho, porque era grato de ver. Era muy grato. Tenía ojos muy lánguidos. Recuerdo haber visto que miraba lánguidamente a Salomé. En verdad, pensé que la miraba demasiado.

HERODÍAS. –Hay otros que la miran demasiado.

HERODES. –El padre de él era rey. Lo saqué de su reino. Y tú hiciste una esclava de su madre, que era reina, Herodías. De modo que él estaba aquí casi como mi huésped y por esa razón le nombré capitán. Lamento que haya muerto. ¡Eh! ¿Por qué habéis dejado aquí el cadáver? No quiero mirarlo... Sacadlo de la vista. (*Se llevan el cadáver.*) Hace frío aquí. Sopla un viento. ¿No se siente un viento?

HERODÍAS. –No, no hay viento.

HERODES. –Te digo que hay un viento que sopla... Y siento en el aire algo que es como un aleteo, como el movimiento de grandes alas. ¿No lo oyes?

HERODÍAS. –No oigo nada.

HERODES. –Ya no lo oigo. Pero lo oí. Fue el soplar del viento, sin duda. Ha desaparecido. Pero no, vuelvo a oírlo. ¿No lo oyes? Es como un aleteo.

HERODÍAS. –Te digo que no hay nada. Estás enfermo. Volvamos al salón.

HERODES. –No estoy enfermo. Es tu hija la que está enferma. Tiene el semblante de una persona enferma. Nunca la he visto tan pálida.

HERODÍAS. –Te he dicho que no la mires.



**Los ojos de Herodes (The eyes of Herod)**

HERODES. –Servidme vino. (*Traen vino.*) Salomé, ven a beber un poco de vino conmigo. Tengo aquí un vino que es exquisito. César mismo me lo envió. Sumerge en él tus pequeños labios rojos, para que yo pueda apurar la copa.

SALOMÉ. –No tengo sed, tetrarca.

HERODES. –¿Oyes cómo me contesta, esta hija tuya?

HERODÍAS. –Ella hace bien. ¿Por qué siempre le estás clavando los ojos?

HERODES. –Traedme frutas maduras. (*Traen frutas.*) Salomé, ven a comer fruta conmigo. Me encanta ver en una de fruta la marca de tus pequeños dientes. Muerde apenas esta fruta y luego yo comeré lo que quede.

SALOMÉ. –No tengo hambre, tetrarca.

HERODES (*a Herodías*). –Ves cómo has criado a esta hija tuya.

HERODÍAS. –Mi hija y yo descendemos de una estirpe de real. En cuanto a ti, ¡tu padre era un camellero! ¡También era un ladrón!

HERODES. –¡Tú mientes!

HERODÍAS. –Sabes bien que esa es la verdad.

HERODES. –Salorné, ven a sentarte a mi lado. Te daré el trono de tu madre.

SALOMÉ. –No estoy cansada, tetrarca.

HERODÍAS. –Ya ves lo que ella piensa de ti.

HERODES. –Traedme... ¿qué es lo que deseo? No lo recuerdo. ¡Ah, ah, ahora recuerdo!

LA VOZ DE JUAN. –¡Mirad! ¡Ha llegado el momento! Aquello que predije se ha verificado, dijo el señor Dios. ¡Mirad! El día del que hablé.

HERODÍAS. –Ordenadle que calle. No quiero oír su voz. Ese hombre siempre está vomitando insultos contra mí.

HERODES. –No ha dicho nada en contra de ti. Además, es un gran profeta.

HERODÍAS. –No creo en profetas. ¿Puede decir un hombre lo que va a suceder? Nadie lo sabe. Además, siempre está insultándome. Pero creo que tú le temes... Sé bien que le temes.

HERODES. –No le temo. No temo a hombre alguno.

HERODÍAS. –Te digo, le temes. Si no le temes, ¿por qué .no lo entregas a los judíos, que durante los últimos seis meses han estado clamando por él?

UN JUDÍO. –En verdad, mi señor, sería mejor entregarlo a nuestras manos.

HERODES. –Basta ya de este asunto. Ya os he dado mi respuesta. No lo entregaré a vuestras manos. Es un hombre que es santo. Es un hombre que ha visto a Dios.

UN JUDÍO. –Eso no puede ser. No existe ningún hombre que haya visto a Dios desde el profeta Elías. Él fue el último hombre que vio a Dios. En estos tiempos Dios no se muestra. Él se oculta. Es por eso que se han presentado grandes males le estás en la Tierra.

OTRO JUDÍO. –En verdad, nadie sabe si Elías el profeta vio realmente a Dios. Tal vez no fuera más que la sombra de Dios lo que vio.

UN TERCER JUDÍO. –Dios nunca está oculto. Él se muestra siempre y en todo. Dios está en lo que es malo, así como en lo que es bueno.

UN CUARTO JUDÍO. –Eso no se debe decir. Es una doctrina muy peligrosa. Es una doctrina que viene de las escuelas de Alejandría, donde hay hombres que enseñan la filosofía de los griegos. Y los griegos son gentiles. Ni siquiera están circuncidados.

UN QUINTO JUDÍO. –Nadie puede conocer los designios de Dios. Sus maneras son muy misteriosas. Puede ser que aquello que consideramos malo sea bueno, y que lo que consideramos bueno sea malo. No se puede saber nada. Necesariamente debemos someternos a todo, porque Dios es muy poderoso. Rompe en pedazos al fuerte junto con el débil, porque Él no considera a ningún hombre.

PRIMER JUDÍO. –Tú dices bien. Dios es terrible. Él destroza al fuerte y al débil como el hombre muele el grano en un mortero. Pero este hombre nunca ha visto a Dios. Ningún hombre ha visto a Dios desde el profeta Elías.

HERODÍAS. –Hazlos callar. Me hastían.

HERODES.–Pero he oído decir que Juan mismo es vuestro profeta Elías.

EL JUDÍO. –Eso no puede ser. Han pasado más de trescientos años desde la época del profeta Elías.

HERODES. –Hay quienes dicen que este hombre es el profeta Elías.

UN NAZARENO. –Estoy seguro de que él es el profeta Elías.

EL JUDÍO. –No, no es él el profeta Elías.

LA VOZ DE JUAN. –De modo que el día ha llegado, el día del Señor, y oigo en las montañas los pies de Aquel que salvará al mundo.

HERODES. –¿Qué significa eso? El salvador del mundo.

TIGELINo. –Es un título que usa César.

HERODES. –Pero César no viene a Judea. Sólo ayer recibí cartas de Roma. No decían nada de eso. ¿Y vos, Tigelino, que estuvisteis en Roma durante el invierno, no habéis oído decir nada acerca de este asunto, verdad?

TIGELINO. –Señor, no oí nada acerca de este asunto. Sólo traté de explicar el título. Es uno de los títulos de César.

HERODES. –Pero César no puede venir. Está demasiado gotoso. Dicen que sus pies son como los de un elefante. Además, hay razones de estado. El que se marcha de Roma pierde

Roma. No vendrá. Aunque César es el señor, vendrá si lo desea. Sin embargo, no creo que venga.

PRIMER NAZARENO. –No se refería a César el profeta al decir esas palabras, señor.

HERODES. –¿No a César?

PRIMER NAZARENO. –No, señor.

HERODES. –¿A quién se refería, entonces, al decir esas palabras?

PRIMER NAZARENO. –Al Mesías que ha llegado.

UN JUDÍO. –El Mesías no ha llegado.

PRIMER NAZARENO. –Él ha llegado, y en todas partes realiza milagros.

HERODÍAS. –¡Jo! ¡Jo! ¡Milagros! No creo en milagros. He visto demasiados. (*Al Paje.*) ¡Mi abanico!

PRIMER NAZARENO. –Ese hombre realiza verdaderos milagros. Así, en una boda que tuvo lugar en una pequeña ciudad de Galilea, una ciudad de cierta importancia. Él convirtió el agua en vino. Me lo contaron ciertas personas que estuvieron presentes. Él también curó a dos leprosos que estaban sentados ante la puerta de Capernaum, tocándolos simplemente.

SEGUNDO NAZARENO. –No, fue a ciegos que curó en Capernaum.

PRIMER NAZARENO. –No, eran leprosos. Pero Él ha es el curado a ciegos también, y fue visto sobre una montaña conversando con ángeles.

UN SADUCEO. –Los ángeles no existen.

UN FARISEO. –Los ángeles existen, pero no creo que ese hombre haya conversado con ellos.

PRIMER NAZARENO. –Fue visto por una gran multitud el que de personas cuando conversaba con los ángeles.

UN SADUCEO. –No con ángeles.

HERODÍAS. –¡Cómo me hastían estos hombres! ¡Son ridículos! (*Al Paje*): ¡Bien, mi abanico! (*El Paje le da el abanico.*) Tienes el aire de un soñador;. no debes soñar. Sólo la gente enferma sueña. (*Golpea al Paje con el abanico.*)

SEGUNDO NAZARENO. –Está también el milagro de la hija de Jairo.

PRIMER NAZARENO. –Sí, ese es seguro. Nadie puede desmentirlo.

HERODÍAS. –Estos hombres están locos. Han mirado demasiado tiempo la Luna. Ordénales que callen.

HERODES. –¿Qué es ese milagro de la hija de Jairo?

PRIMER NAZARENO. –La hija de Jairo estaba muerta. Él la resucitó de entre los muertos.

HERODES. –¿Él resucita a los muertos?

PRIMER NAZARENO. –Sí, señor, Él resucita a los muertos.

HERODES. –No deseo que lo haga. Le prohíbo que lo haga. No permito que nadie resucite a los muertos. Se debe encontrar a ese hombre y decirle que le prohíbo resucitar a los muertos. ¿Dónde está ese hombre en la actualidad?

SEGUNDO NAZARENO. –Él está en todas partes, mi señor, pero es difícil de encontrar.

PRIMER NAZARENO. –Se dice que ahora está en Samaria.

UN JUDÍO. –Es fácil ver que ese no es el Mesías, si está en Samaria. No es a los samaritanos a quien llegará el Mesías. Los samaritanos están malditos. No traen ofrendas al templo.

SEGUNDO NAZARENO. –Él se marchó de Samaria hace unos pocos días. Creo que en este momento se encuentra en las cercanías de Jerusalén.

PRIMER NAZARENO. –No, no está allí. Acabo de venir de Jerusalén. Por dos meses no han tenido noticias de Él.

HERODES. –¡No importa! ¡Pero que lo encuentren, y le digan de mi parte que no le permitiré que resucite a los muertos! Convertir el agua en vino, curar a los leprosos y los ciegos... Puede hacer eso, si lo desea. No tengo nada que decir en contra. En verdad, considero que es una buena obra curar a un leproso. Pero no permito que nadie resucite a los muertos. Sería terrible si los muertos regresaran.

LA VOZ DE JUAN. –¡Ah, la lasciva! ¡La ramera! ¡Ah, la hija de Babilonia con sus ojos dorados y sus párpados brillantes! Así dijo el señor Dios, que vaya contra ella una multitud de hombres. Que la gente tome piedras y la apedree.

HERODÍAS. –Ordenadle que se calle.

LA VOZ DE JUAN. –Que los jefes guerreros la atraviesen con sus espadas, que la aplasten bajo sus escudos.

HERODÍAS. –Pero esto es una infamia.

LA VOZ DE JUAN. –Es así que limpiaré toda la perversidad de la Tierra, y que todas las mujeres aprenderán a no imitar las abominaciones de ella.

HERODÍAS. –¿Oyes lo que dice contra mi? ¿Permites que injurie a tu esposa?

HERODES. –Él no pronunció tu nombre.

HERODÍAS. –¿Qué importa eso? Sabes bien que es a mí a quien trata de injuriar. Y soy tu esposa, ¿no?

HERODES. –En verdad, querida y noble Herodías, tú eres mi esposa, y antes de eso eras la esposa de mi hermano.

HERODÍAS. –Fuiste tú quien me arrancó de los brazos de él.

HERODES. –En verdad, yo era más fuerte... Pero no hablemos de eso. No deseo hablar de eso. Eso es la causa de las terribles palabras que ha dicho el profeta. Tal vez, por eso, suceda alguna desgracia. No hablemos de ese asunto. Noble Herodías, no somos atentos con nuestros invitados. Llena tú mi copa, mi bien amada. Llena de vino las grandes copas de plata y las grandes copas de cristal. Beberé por César. Hay romanos aquí; debemos beber por César.

TODOS. –¡César! ¡César!

HERODES. –¿No ves a tu hija, qué pálida está?

HERODÍAS. –¿Qué te importa a ti si está pálida o no?

HERODES. –Nunca la he visto tan pálida.

HERODÍAS. –No debes mirarla.

LA VOZ DE JUAN. –Ese día el Sol se tornará negro como el paño de luto, y la Luna parecerá sangre, y las estrellas y el cielo caerán sobre la Tierra como caen los higos maduros de la higuera, y los reyes de la Tierra tendrán miedo.

HERODÍAS. –¡Ah! ¡Ah! Me gustaría ver ese día del que habla, cuando la Luna parecerá sangre y cuando las estrellas caerán sobre la Tierra como higos maduros. Este profeta habla como un hombre ebrio... pero no puedo soportar el sonido de su voz. Odio su voz. Ordénale que se calle.

HERODES. –No lo haré. No puedo entender qué es lo que dice, pero puede ser un augurio.

HERODÍAS. –No creo en augurios. Él habla como un hombre ebrio.

HERODES. –Tal vez esté ebrio con el vino de Dios.

HERODÍAS. –¿Qué vino es ese, el de Dios? ¿Con qué vides se lo hace? ¿En qué lagares se lo puede hallar?

HERODES (*a partir de ese momento mira todo el tiempo a Salomé*). –Tigelino, cuando estuvisteis en Roma la última vez, ¿habló el emperador con vos del tema de... ?

TIGELINO. –¿De qué tema, señor?

HERODES. –¿De qué tema? ¡Ah! Os he hecho una pregunta, ¿verdad? No recuerdo qué pude haberos preguntado.

HERODÍAS. –Estás mirando nuevamente a mi hija. No ml debes mirarla. Ya te lo he dicho.

HERODES. –Tú no dices otra cosa.

HERODÍAS. –Lo digo otra vez.

HERODES. –¿Y esa restauración del templo de la que tanto se ha hablado, se hará algo? Dicen que el velo del santuario ha desaparecido, ¿verdad?

HERODÍAS.–Fuiste tú mismo quien lo robó. Hablas al azar. No quiero quedarme aquí. Volvamos al salón.

HERODES. –Baila para mí, Salomé.

HERODÍAS. –No le permitiré bailar.

SALOMÉ. –No tengo deseos de bailar, tetrarca.

HERODES. –Salomé, hija de Herodías, baila para mí.

HERODÍAS. –Déjala.

HERODES. –Te ordeno que bailes, Salomé.

SALOMÉ. –No bailaré, tetrarca.

HERODÍAS (*riendo*).–Ya ves cómo te obedece.

HERODES. –¿Qué me importa si ella baila o no? Eso no es nada para mí. Esta noche estoy feliz, estoy sumamente feliz. Nunca he estado tan feliz.

PRIMER SOLDADO. –El tetrarca tiene un aire sombrío. ¿No tiene un aire sombrío?

SEGUNDO SOLDADO. –Sí, tiene un aire sombrío.

HERODES. –¿Por qué no iba a estar feliz? César, que es el señor del mundo, que es el señor de todas las cosas, me quiere bien. Acaba de enviarme obsequios muy preciosos. También me ha prometido que llamará a Roma al rey de Capadocia, que es mi enemigo. Puede ser que lo crucifique en Roma, porque es capaz de hacer todo lo que desea. En verdad, César es un señor. Así, tú ves que tengo el derecho de estar feliz. En verdad, estoy feliz. Nunca he estado tan feliz. Nada hay en el mundo que pueda empañar mi felicidad.

LA VOZ DE JUAN. –Él estará sentado en su trono. Estará vestido de escarlata y púrpura. En la mano tendrá la copa dorada de sus blasfemias. Y el ángel del Señor lo destruirá. Será comido por los gusanos.

HERODÍAS. –Oyes lo que dice de ti. Dice que serás comido por los gusanos.

HERODES..–No es de mí que habla. Nunca habla contra mí. Es del rey de Capadocia que habla; el rey de Capadocia, que es mi enemigo. Es él quien será comido por los gusanos, no yo. Nunca ha hablado contra mí, este profeta, salvo que pequé al tomar por esposa a la esposa de mi hermano. Puede ser que tenga razón. Porque, en verdad, tú eres estéril.

HERODÍAS. –¿Qué yo soy estéril, yo? ¿Tú dices eso, tú que estás siempre mirando a mi hija, tú que quieres que ella baile para tu placer? Es absurdo que digas eso. He tenido una hija. Tú no has tenido ningún hijo, no, ni siquiera de una de tus esclavas. Eres tú el estéril, no yo.

HERODES. –¡Tranquilízate, mujer! Digo que tú eres estéril. Tú no me has dado ningún hijo, y el profeta dice que nuestro matrimonio no es un verdadero matrimonio. Él dice que es un matrimonio incestuoso, un matrimonio que traerá males... Me temo que tenga razón; estoy seguro de que tiene razón. Pero no es este el momento de hablar de tales cosas. Quiero ser feliz en este momento. En verdad, estoy feliz. Nada me falta.

HERODÍAS. –Me alegra que estés de tan buen humor esta noche. No es tu costumbre. Pero es tarde. Entremos. No olvides que cazamos al amanecer. Se deben presentar todos los honores a los embajadores de César, ¿verdad?

SEGUNDO SOLDADO. –Qué aire sombrío tiene el tetrarca.

PRIMER SOLDADO. –Sí, tiene un aire sombrío.

HERODES. –Salomé, Salomé, baila para mí. Te ruego que bailes para mí. Estoy triste esta noche. Sí, estoy pasando una noche triste. Cuando llegué aquí pisé sangre, que es un mal augurio; y oí, estoy seguro de que oí en el aire un aleteo, el aleteo de alas gigantes. No sé qué significan... estoy triste esta noche. Entonces, baila para mí. Baila para mí, Salomé, te lo imploro. Si bailas para mí podrás pedirme lo que desees, y te lo daré, aun la mitad de mi reino.

SALOMÉ (*incorporándose*). –¿De verdad me daréis lo que estar yo pida, tetrarca?

HERODÍAS. –No bailes, hija mía.

HERODES. –Todo, aun la mitad de mi reino.

SALOMÉ. –¿Lo Juráis, tetrarca?

HERODES. –Lo Juro, Salomé.

HERODÍAS. –No bailes, hija mía.

SALOMÉ. –¿Por qué juraréis, tetrarca?

HERODES. –Por mi vida, por mi corona, por mis dioses. Lo que tú desees te daré, aun la mitad de mi reino, si sólo bailas para mí. ¡Oh, Salomé, Salomé, baila para mí!

SALOMÉ. –Habéis jurado, tetrarca.

HERODES. –He jurado, Salomé.

SALOMÉ. –Todo lo que pida, aun la mitad de vuestro reino.

HERODÍAS. –Hija mía, no bailes.

HERODES. –Aun la mitad de mi reino. Tú te verás hermosa como una reina, Salomé, si te place pedir la mitad de mi reino. ¿No se verá hermosa como una reina? ¡Ah, hace frío aquí! Hay un viento helado, y oigo... ¿de dónde oigo en el aire ese aleteo? ¡Ah! Se podría imaginar un pájaro, un enorme pájaro negro que se cierne sobre la terraza. ¿Por qué no puedo ver a ese pájaro? Su aleteo es terrible. La corriente de aire que .provocan. sus alas es terrible. Es un aire frío. No, no es frío, es caliente. Me estoy ahogando. Verted agua sobre mis manos. Dadme a comer nieve. Aflojad mi capa. ¡Rápido, rápido, aflojad mi capa! No, dejadla. Es mi guirnalda lo que me molesta, mi guirnalda de rosas. Las flores son como fuego. Me han quemado la frente. (*Se quita la corona de la cabeza y la arroja sobre la mesa.*) ¡Ah! Ahora puedo respirar. ¡Cuán rojos son esos pétalos! Son como manchas de sangre sobre el mantel. Eso no importa. No se debe hallar símbolos en todo lo que se ve, porque así la vida se torna imposible. Seria mejor decir que las manchas de sangre son tan hermosas como los pétalos de rosa. Sería muchísimo mejor decir eso... Pero no hablaremos de eso. Ahora estoy feliz, estoy

pasando una velada feliz. ¿Acaso no tengo el derecho de ser feliz? Tu hija bailará para mí ¿No bailarás para mí, Salomé? Has prometido bailar para mí.

HERODÍAS. –No le permitiré que baile.

SALOMÉ. –Bailaré para vos, tetrarca.

HERODES. –Oyes lo que dice tu hija. Bailará para mí. Haces bien al bailar para mí, Salomé. y cuando hayas bailado para mí, no olvides pedirme lo que desees. Sea lo que fuere lo que desees, te lo daré, aun la mitad de mi reino. Lo he jurado, ¿verdad?

SALOMÉ. –Lo habéis jurado, tetrarca.

HERODES. –Y nunca he faltado a mi palabra. No soy de aquellos que no cumplen sus promesas. No sé mentir. Soy el esclavo de mi palabra, y mi palabra es la palabra de un rey. El rey de Capadocia siempre miente, pero él no es un verdadero rey. Es un cobarde. También me debe dinero que no quiere devolverme. Hasta ha insultado a mis embajadores. Pronunció palabras que fueron hirientes. Pero César lo crucificará cuando vaya a Roma. Estoy seguro de que César lo crucificará. y si no, de todos modos morirá, y será comido por los gusanos. El profeta lo ha profetizado. ¡Bien!, ¿por qué te demoras, Salomé?

SALOMÉ. –Estoy esperando que mis esclavas me traigan perfumes y los siete velos, y que me quiten las sandalias. (*Las esclavas traen perfumes y los siete velos, y quitan las sandalias de Salomé.*)



**El servicio de Salomé (The toilette of Salome)**

HERODES. –Ah, vas a bailar descalza. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Tus pequeños pies serán como blancas palomas. Serán como pequeñas flores blancas que danzan sobre los árboles... No, no, va a bailar sobre la sangre. Hay sangre derramada sobre el piso. No debe bailar sobre la sangre. Sería un mal augurio.

HERODÍAS. –¿A ti qué te importa si baila sobre sangre? Tú te has sumergido bastante en sangre...

HERODES. –¿Qué me importa? ¡Ah, mira la Luna! Se ha vuelto roja. Se ha vuelto roja como la sangre. ¡Ah!, el profeta profetizó bien. Profetizó que la Luna se tornaría roja como la sangre. ¿No lo profetizó él? Todos vosotros lo oísteis. y ahora la Luna se ha tornado roja como la sangre. ¿No la ves, tú?

HERODÍAS. –Oh, sí, la veo bien, y las estrellas están cayendo como higos maduros, ¿verdad? y el Sol se está tornando negro como un paño de luto, y los reyes de la Tierra están asustados. Eso al menos se puede ver. El profeta, por una vez en su vida, tuvo razón; los reyes de la

Tierra están asustados... Entremos. Tú no estás bien. Dirán en Roma que estas loco. Entremos, te digo.

LA VOZ DE JUAN. –¿Quién es éste que viene de Edom, quién es éste que viene de Bozra, cuya ropa está teñida de púrpura, que brilla en la belleza de sus atavíos, que camina poderosamente en su grandeza? ¿Por qué su ropa está manchada de escarlata?

HERODÍAS. –Entremos. La voz de ese hombre me enloquece. No permitiré que mi hija baile mientras él grita continuamente. No permitiré que ella baile mientras tú la miras de esa manera. En una palabra, no permitiré que baile.

HERODES. –No te incorpores, mi esposa, mi reina, porque no te servirá de nada. No entraré hasta que ella haya bailado. Baila, Salomé, baila para mí.

HERODÍAS. –No bailes, hija mía.

SALOMÉ. –Estoy pronta, tetrarca. (*Salomé baila la danza de los siete velos.*)



**La danza de Salomé (The stomach dance)**

HERODES. –¡Ah! ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Tú ves que ella ha bailado para mí, tu hija. Acércate, Salomé, acércate, para que pueda darte tu recompensa. ¡Ah, pago bien a las bailarinas! A ti te pagaré realmente. Te daré lo que sea que desees. ¿Qué quieres tú? Habla.

SALOMÉ (*arrodillándose*). –Quiero que me traigan en seguida en una bandeja de plata...

HERODES (riendo). –¿En una bandeja de plata? Por cierto que sí, en una bandeja de plata. Ella es encantadora, ¿verdad? ¿Qué es lo que deseas en una bandeja de plata, oh dulce y bella Salomé, que eres más bella que todas las hijas de Judea? ¿Qué quieres que te traigan en una bandeja de plata? Dímelo. Sea lo que fuere, te lo darán. Mis tesoros son tuyos. ¿Qué es, Salomé?

SALOMÉ (incorporándose). –La cabeza de Juan.

HERODÍAS. –¡Ah, eso es hablar bien, hija mía!

HERODES. –¡No, no!

HERODÍAS. –Eso es hablar bien, hija mía.

HERODES. –No, no, Salomé. No me pidas eso. No escuches la voz de tu madre. Siempre te está aconsejando mal. No la atiendas.

SALOMÉ. –No atiendo a mi madre. Es por mi propio placer que pido la cabeza de Juan en una bandeja de plata. Habéis jurado, Herodes. No olvidéis que habéis jurado.

HERODES. –Lo sé. He jurado por mis dioses. Lo sé bien. Pero te ruego, Salomé, pídeme otra cosa. Pídeme la mitad de mi reino, y te lo daré. Pero no me pidas lo que me has pedido.

SALOMÉ. –Os pido la cabeza de Juan.

HERODES. –No, no, no lo deseo.

SALOMÉ. –Lo habéis jurado, Herodes.

HERODÍAS. –Sí, lo has jurado. Todo el mundo te oyó. Lo juraste ante todo el mundo.

HERODES. –¡Cállate! No es a ti a quien hablo.

HERODÍAS. –Mi hija ha hecho bien al pedir la cabeza de Juan. Él me ha cubierto de insultos. Ha dicho cosas monstruosas de mí. Se puede ver que ella ama a su madre. No cedas, hija mía. Él ha jurado, él ha jurado.

HERODES. –¡Cállate, no me hables... ! Ven, Salomé, sé razonable. Nunca he sido duro contigo. Siempre te he querido... Tal vez te haya querido demasiado. Entonces no me pidas eso. Eso es algo terrible, una cosa espantosa lo que me pides. Sin duda, creo que debes estar bromeando. La cabeza de un hombre que se ha cortado de su cuerpo no es grata de ver, ¿verdad? No es apropiado que los ojos de una virgen se posen sobre tal cosa. ¿Qué placer podrías encontrar en ello? Ninguno. No, no, no es eso lo que deseas. Escúchame. Tengo una esmeralda, una gran esmeralda redonda, que me envió el favorito de César. Si miras a través de esa esmeralda, puedes ver cosas que ocurren a una gran distancia. Cesar mismo lleva una esmeralda igual cuando va al circo. Pero mi esmeralda es más grande. Es la esmeralda más grande del mundo entero. Te gustaría, ¿verdad? Pídemela y te la daré.

SALOMÉ. –Pido la cabeza de Juan.

HERODES. –Tú no me escuchas. Tú no me escuchas. Déjame hablar. Salomé.

SALOMÉ. –La cabeza de Juan.

HERODES. –No, no, tú no quieres eso. Lo dices para perturbarme, porque te he mirado durante toda la velada. Tu belleza me ha perturbado. Tu belleza me ha perturbado dolorosamente, y te he mirado demasiado. Pero no te miraré más. Ni a las cosas ni a la gente debería uno mirar. Sólo en los espejos se debería mirar, porque los espejos sólo nos muestran máscaras. ¡Oh! ¡Oh! ¡Traedme vino! Tengo sed... Salomé, Salomé, seamos amigos. ¡Bien, ahora... ! ¡Ah!, ¿qué quería decirte? ¿Qué era? ¡Ah, ya recuerdo... ! Salomé..., no, ven más cerca de mí; temo que no me escuches... Salomé, tú conoces mis pavos reales blancos, mis hermosos pavos reales blancos, que andan por el jardín entre los mirtos y los altos cipreses.

Sus picos están recubiertos de oro, y los granos que comen también están recubiertos de oro, y tienen pies manchados de púrpura. Cuando gritan viene la lluvia, y la Luna se asoma al cielo cuando ellos despliegan la cola. De a dos andan entre los cipreses y los mirtos negros, y cada uno dispone de un esclavo que lo atiende. A veces vuelan a través de los árboles y luego se acomodan sobre la hierba, alrededor del lago. No hay rey en todo el mundo que posea aves tan maravillosas. Estoy seguro de que César mismo no tiene aves tan finas como las mías. Te daré cincuenta de mis pavos reales. Te seguirán por todas partes, y entre ellos serás como la Luna en medio de una gran nube blanca... Te los daré todos a ti. Sólo tengo un centenar, y en todo el mundo no hay rey que posea pavos reales como los míos. Pero te los daré todos a ti. Sólo que tú debes liberarme de mi compromiso y no debes pedirme aquello que me has pedido.

*Vacía la copa de ovino.*

SALOMÉ. –Dadme la cabeza de Juan.

HERODÍAS. –¡Eso es hablar bien, hija mía! En cuanto a ti, eres ridículo con tus pavos reales.

HERODES. –¡Calla! Tú gritas siempre; tú gritas como un animal de presa. No debes hacerlo. Tu voz me fastidia. Calla, digo... Salomé, piensa en lo que estás haciendo. Este hombre tal vez venga de Dios. Es un hombre santo. El dedo de Dios lo ha tocado. Dios le ha puesto en la boca palabras terribles. En el palacio como en el desierto, Dios está siempre con el... Al menos es posible. Uno no sabe. Es posible que Dios esté por él y con él. Además, si él muriera podría ocurrirme algún infortunio. En todo caso, dijo que el día en que él muera a alguien le ocurrirá algún infortunio. Eso sólo puede indicar que el infortunio me ocurrirá a mí. Recuerda, resbalé en la sangre cuando entré. Además, oí un aleteo en el aire, el movimiento de alas poderosas. Esos son augurios muy malos, y hubo otros. Estoy seguro de que hubo otros, aunque no los vi. Bien, Salomé, ¿tú no querrás que me ocurra un infortunio? Tú no deseas eso. Escúchame, entonces.

SALOMÉ. –Dadme la cabeza de Juan.

HERODES. –¡Ah, tú no me estás escuchando! Cálmate. Yo... yo estoy calmo. Estoy muy calmo. Escucha. Poseo joyas ocultas en este lugar... joyas que tu madre jamás ha visto; joyas que son maravillosas. Tengo un collar de perlas de cuatro vueltas. Son como lunas unidas con rayos de plata. Son como cincuenta lunas apresadas en una red dorada. Sobre el marfil de su pecho lo ha lucido una reina. Tú lucirás tan hermosa como una reina cuando te adornes con él. Tengo amatistas de dos clases, una que es negra como el vino, y una que es roja como el vino que ha sido coloreado con agua. Tengo topacios, amarillos como son los ojos de los tigres, y topacios que son rosados como los ojos de las palomas torcazas, y topacios verdes que son como los ojos de los gatos. Tengo ópalos que arden siempre con una llama como la del hielo, ópalos que entristecen la mente de los hombres y que temen a las sombras. Tengo ónices como los ojos de una mujer muerta. Tengo adularias que cambian cuando cambia la Luna y que empalidecen al ver al Sol. Tengo zafiros grandes como huevos y azules como flores. El mar circula dentro de ellos y la Luna nunca va a perturbar el azul de sus olas. Tengo crisólitos y berilos y crisoprasas y rubíes. Tengo piedras de sardónice y de jacinto, y piedras de calcedonia, y te las daré todas a ti, todas, y agregaré a ellas otras cosas. El rey de las Indias acaba de enviarme cuatro abanicos hechos con plumas de papagayo, y el rey de Numidia una prenda de plumas de avestruz. Tengo un cristal en el que a las mujeres no les es lícito mirar, y tampoco pueden los hombres jóvenes contemplarlo hasta que han sido castigados con varas.

En un estuche de nácar tengo tres magníficas turquesas. Aquel que las luzca sobre la frente puede imaginar cosas que no existen, y el que las lleva sobre la cabeza puede hacer estériles a las mujeres. Estos son grandes tesoros que están por encima de todo precio. Son tesoros que no tienen precio. Pero eso no es todo. En un estuche de ébano tengo dos copas de ámbar que son como manzanas de oro. Si un enemigo vierte veneno en esas copas, éstas se tornan como una manzana de la plata. En un cofre taraceado con ámbar tengo sándalos con incrustaciones de cristal. Tengo capas que han sido traídas de la tierra de Seres, y brazaletes adornados con carbunclos y con jade que vienen de la ciudad de Éufrates... ¿Qué puedes desear más que esto, Salomé? Dime lo que deseas, y te lo daré. Todo lo que me pidieras te lo daré, menos una cosa. Te daré todo lo que es mío, menos una vida. Te daré la túnica del gran sacerdote. Te daré el velo del santuario.

LOS JUDÍOS. –¡Oh. ¡Oh!

SALOMÉ. –Dadme la cabeza de Juan.

HERODES (*hundiéndose en su asiento*). —¡Que tenga lo que pide! ¡En verdad que es la hija de su madre! (*Al Primer Soldado, que se acerca. Herodías retira de la mano del tetrarca el anillo de la muerte y se lo da al Soldado, quien inmediatamente lo entrega al Verdugo. El Verdugo parece atemorizado.*) ¿Quién ha tomado mi anillo? Había un anillo en mi mano derecha. ¿Quién ha bebido mi vino? Había vino en mi copa. Estaba llena de vino. ¿Alguien lo ha bebido? ¡Oh, seguramente algún mal caerá sobre alguien! (*El Verdugo desciende en la cisterna.*) ¡Ah! ¿Por qué pronuncié mi juramento? Los reyes nunca deberían comprometer su palabra. Si no cumplen, es terrible, y si cumplen, es terrible también.

HERODÍAS. –Mi hija ha hecho bien.

HERODES. –Estoy seguro de que ocurrirá algún infortunio.

SALOMÉ (se apoya en el borde de la cisterna y escucha). –No hay ningún sonido. No oigo nada. ¿Por qué no grita, ese hombre? ¡Ah, si algún hombre tratara de matarme, yo gritaría, lucharía, no permitiría...! Golpea, golpea, Naaman, golpea, te digo... No, no oigo nada. Hay silencio, un terrible silencio. ¡Oh! Algo ha caído al suelo. Oí que algo caía. Es la espada del verdugo. Está asustado ese esclavo. Ha dejado caer su espada. No se atreve a matarlo. ¡Es un cobarde, ese esclavo! Enviad soldados. (*Ve al Paje de Herodías y se dirige a él.*) Ven aquí, ¿tú eras amigo de aquel que está muerto, verdad? Bien, te digo, no hay hombres muertos suficientes. Ve a los soldados y ordénales que desciendan y me traigan lo que pido, lo que el tetrarca me ha prometido, lo que es mío. (*El Paje retrocede. Ella se vuelve a los Soldados.*) Aquí, soldados. Descended por esta cisterna y traedme la cabeza de ese hombre. (*Los Soldados retroceden.*) Tetrarca, tetrarca, ordenad a vuestros soldados que me traigan la cabeza de Juan.

*Un enorme brazo negro, el brazo del Verdugo, emerge de la cisterna sosteniendo sobre un escudo de plata la cabeza de Juan. Salomé la toma. Herodes oculta el rostro en su capa. Herodías sonríe y se abanica. Los Nazarenos caen de rodillas y comienzan a rezar.*



**El premio de la bailarina (The dancer´s reward)**

SALOMÉ. –¡Ah! Tú no me dejaste besar tu boca, Juan. ¡Bien! Ahora la beso. La morderé con mis dientes como se muerde la fruta madura. Sí, besaré tu boca, Juan. Lo dije. ¿No lo dije? Lo dije. ¡Ah! La besaré ahora... ¿Pero por qué no me miras, Juan? Tus ojos, que eran tan terribles, tan un llenos de ira y desprecio, están cerrados ahora. ¿Por qué están cerrados? ¡Abre los ojos! ¡Levanta los párpados, Juan! ¿Por qué no me miras? ¿Me temes, Juan, que no deseas mirarme... ? Y tu lengua, que era como una serpiente roja que lanzaba veneno, ya no se mueve, nada dice ahora, Juan, esta víbora escarlata que escupió su veneno sobre mí. Es extraño, ¿no? ¿Cómo es que la víbora roja no se agita más... ? Tú no quisiste nada de mí, Juan. Tú me rechazaste. Pronunciaste terribles palabras contra mí. ¡Me trataste como a una ramera, como a una mujerzuela, a mí, a Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea! ¡Bien, Juan, yo aún vivo, pero tú, tú estás muerto, y tu cabeza me pertenece! Puedo hacer con ella lo que desee. Puedo arrojarla a los perros y a los pájaros del aire. Lo que dejen los perros lo devorarán los pájaros del aire... Ah, Juan, Juan, tú fuiste el único hombre que he amado. Todos los otros hombres son odiosos para mí. ¡Pero tú, tú eras hermoso! Tu cuerpo era una

columna de marfil colocada sobre una base de plata. Era un jardín lleno de palomas y de lirios plateados. Era una torre de plata adornada con escudos de marfil. No había nada en el mundo tan blanco como tu cuerpo. No había nada en el mundo tan negro como tu pelo. En todo el mundo no había nada tan rojo como tu boca. Tu voz era un incensario que exhalaba extraños perfumes, y cuando te miré oí una extraña música ¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Juan? Detrás de tus manos y tus maldiciones ocultaste tu rostro. Pusiste sobre tus ojos la cubierta de aquel que quiere ver a su Dios. Bien, tú has visto a tu Dios, Juan, pero a mí, a mí, tú nunca me viste. Si me hubieras visto, me hubieses amado. Yo, yo te vi, Juan, y te amé. ¡Oh, cómo te amé! Te amo aún, Juan, te amo, sólo que... estoy sedienta de tu belleza; tengo hambre de tu cuerpo; y ni el vino ni la fruta pueden satisfacer mi deseo. ¿Qué haré ahora, Juan? Ni las avenidas ni las grandes aguas pueden saciar mi pasión. Era una princesa, y tú me despreciaste. Era una virgen, y tú me quitaste mi virginidad. Era casta, y tú llenaste de fuego mis venas... ¡Ah! ¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Juan? Sí me hubieras mirado me hubieses amado. Sé que me hubieses amado, y el misterio del amor es más grande que el misterio de la muerte. Sólo al amor se debería considerar.

HERODES. –Es monstruosa, tu hija, es completamente monstruosa. En verdad, lo que ha hecho es un crimen contra un Dios desconocido.

HERODÍAS. –Apruebo lo que ha hecho mi hija. y me quedaré aquí ahora.

HERODES (*poniéndose de pie*). –¡Ah! ¡Así habla la esposa incestuosa! ¡Ven! No quiero quedarme aquí. Ven, te digo. Seguramente ocurrirá algo terrible. Manassé, Isacar, Osías, apagad las antorchas. No quiero mirar estas cosas, no permitiré que las cosas me miren. ¡Apagad las antorchas! ¡Ocultad la Luna! ¡Ocultad las estrellas! Ocultémonos en nuestro palacio, Herodías. Comienzo a estar asustado.

*Los esclavos apagan las antorchas. Las estrellas desaparecen. Una gran nube negra cruza la Luna y la cubre por completo. El escenario se torna muy obscuro. El tetrarca comienza a subir la escalera.*

LA VOZ DE SALOMÉ. –¡Ah! He besado tu boca, Juan. He besado tu boca. Había un sabor amargo en tus labios. ¿Era el sabor de la sangre... ? Pero tal vez sea el sabor del amor... Dicen que el amor posee un sabor amargo... ¿Pero qué importa eso? ¿Qué importa eso? He besado tu boca, Juan.



**Clímax (The climax)**

*Un rayo de luz de la Luna ilumina a Salomé.*

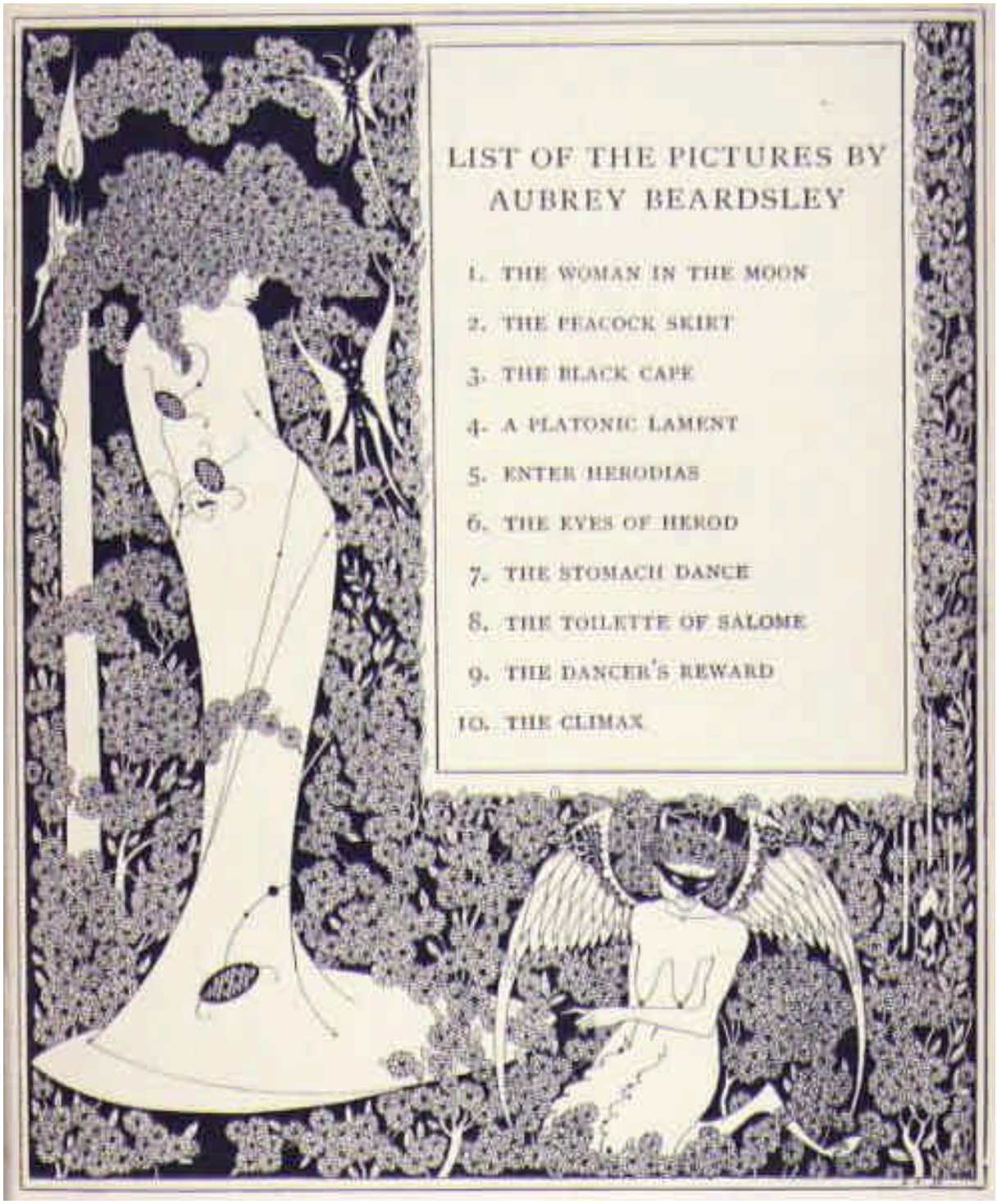
HERODES (*que se da vuelta y ve a Salomé*). –¡Matad a esa mujer!

Los soldados se precipitan y aplastan con sus escudos a Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.




**Final**

TELÓN


LIST OF THE PICTURES BY
AUBREY BEARDSLEY
1. THE WOMAN IN THE MOON
2. THE PEACOCK SKIRT
3. THE BLACK CAPE
4. A PLATONIC LAMENT
5. ENTER HERODIAS
6. THE EYES OF HEROD
7. THE STOMACH DANCE
8. THE TOILETTE OF SALOME
9. THE DANCER'S REWARD
10. THE CLIMAX